

PAPIRO

Día 24

Desayuno

Luxor – Egipto.

Amy preparó el equipaje, dispuesta a dejar el hotel. Ansiaba regresar al Valle de los Reyes y presenciar el momento en que Nafir entrara a la cámara sepulcral. Los nervios la dominaban. Después de tantas vicisitudes, por fin podrían admirar aquel preciado tesoro. Pero, antes de partir, necesitaba desayunar y se dirigió al restaurante Opet.

El ambiente la sorprendió. Todo estaba limpio y ordenado. La luz que se filtraba por los ventanales resaltaba la belleza de los arreglos florales, otorgando a la atmósfera una calidez similar al interior de una iglesia; un eco de otra época, cuando esa parte del hotel ofrecía posada a los peregrinos y un lugar de descanso y oración.

Disfrutaba de su té con galletas shayt, elaboradas especialmente para los huéspedes a base de chufas de Alejandría, dátiles de palmeras de oasis y aceite de oliva, cuando vio que Max y su madre entraban. Quiso fingir que no los veía, pero ya era tarde. Ambos se acercaron a su mesa.

—Buenos días —dijo Max.

—Buenos —contestó secamente Amy.

—¿Podemos acompañarte?

—Sí —contestó ella mientras les ofrecía las sillas. Su educación no le permitía desairar a una mujer adulta.

—Te presento a mi madre, Mary.

—Mucho gusto —saludó Amy.

—¿De dónde eres? —preguntó Mary.

—¿Desean ordenar? —preguntó el mesero.

Amy aprovechó la interrupción para llevarse una galleta a la boca.

—Sí, por favor un Koshari —pidió Max.

—¿A esta hora? —se extrañó Mary, pensando que era un licor exótico.

—Sí, madre —dijo Max, aclarando: es un platillo típico hecho con arroz, lentejas, pasta, garbanzos, salsa de tomate especiada y cebolla frita crujiente por encima.

—Uff —suspiró Mary y preguntó:

—¿Qué me recomienda?

—Una *Ta'amia* a base de habas molidas y cebolla —sugirió el mesero.

—Eso está bien —aceptó Mary.

Amy fingió que se limpiaba la boca, pero en realidad sonreía. La confusión de Mary le había hecho gracia y se apuró a contestar:

—De Londres —dijo, como si eso bastara para aclarar su visita.

—Mi hijo me dijo que eras modelo... ¿lo eres?

—Por supuesto que no —dijo Amy, clavando en Max una mirada acusadora que lo hizo encogerse en su asiento.

—Entonces, ¿qué haces en Egipto?

—Soy arqueóloga —dijo con orgullo, recordando que era la única mujer en la expedición.

—Igual que tu padre —dijo Mary, dirigiendo la mirada a su hijo.

Amy apretó el borde de su taza con fuerza, como trazando un límite entre ellos.

—Es mi mentor —aclaró.

—¡Qué coincidencia! —exclamó Mary.

—Nosotros iremos a visitarlo hoy —dijo Max.

—¿Nos acompañas? —agregó, entusiasmado.

—Yo también iré. Es mi trabajo —contestó Amy.

—Podemos irnos juntos, si gustas —afirmó Mary.

—No es necesario —aclaró Amy mientras daba un sorbo al té. Había decidido concentrarse solo en su padre y su trabajo, pero Max la inquietaba. No quería ceder a ese sentimiento. Prefería llegar sola.

—Por favor —insistió Mary. Su dulce mirada la desconcertó. Parecía rogarle.

Amy, renuente, quiso negarse. Pero Mary insistió:

—¿Sí?

Tras aceptar, la charla fluyó con más soltura y, como viejos conocidos, compartieron algunas de sus anécdotas más significativas. En poco tiempo, sin proponérselo, comenzaron a tutearse.

Max se sentía feliz. Increíble de lo que sucedía, pero satisfecho.

Los ojos de Amy, sin embargo, lucían tristes. Pensó en su padre y dos lágrimas escurrieron por sus mejillas.

—La cebolla —murmuró, como excusa, mientras se secaba el rostro.

Esto le permitió desahogar su sufrimiento. Otras lágrimas siguieron a las primeras.

La Cámara Sepulcral

Valle de los Reyes – Egipto.

Los trabajadores, apurados, corrían y colocaban mantas impermeables para proteger las vasijas, cuencos, pedazos de cerámica y el sarcófago que habían desenterrado.

A pesar de ser un día soleado, contra todo pronóstico, las nubes comenzaron a cerrarse y la amenaza que se cernía sobre el campamento se hizo realidad. Los truenos sacudieron la atmósfera y empezó a llover. Esto presagiaba problemas y, para algunos, incluso era una mala señal.

Llamaron a Nafir, quien toda la noche siguió los pasos de Abdul mientras excavaban hacia la cámara. Una vez que los vio en la entrada, se puso su impermeable y caminó hacia ellos.

—Es mejor parar hoy —le dijeron sin esperar a que llegara. Pero, al ver su rostro enrojecido por la fiebre y la dificultad con la que arrastraba su pierna, casi se arrepienten de su exigencia. Aun así, el más viejo de ellos afirmó: —En días como este es imposible avanzar.

Nafir meditó por un momento. No quería dividir a los trabajadores. Los necesitaba a todos. Conservando la calma contestó:

—Tienen razón —y, después de sopesarlo, añadió—: Están despedidos.

El estupor se reflejó en las caras aturcidas de la mayoría, quienes protestaron y advirtieron: —Cerraremos la tumba.

Esto acabó por encolerizarlo y su rostro, ya enrojecido, se encendió aún más. Sin doblegarse a sus amenazas, afirmó:

—Adelante —y se metió a la tumba para alcanzar a Abdul. Le urgía seguir avanzando y no le importaba si algunos no lo entendían. Al llegar a su lado, murmuró: —Descansa un momento.

Esto desconcertó a Abdul:

—¿Qué pasa, doctor?

Nafir se sentó, respiró hondo, tratando de tomar algo de aire del enrarecido lugar.

—Quieren cerrar la tumba —musitó.

Abdul no esperó a escuchar más y echó a correr, forzando a sus pequeñas extremidades, desacostumbradas a la velocidad, y rápidamente salió de la tumba. Alcanzó a detener a uno de los hombres que ya la cerraban. Los demás, al verlo enfurecido y con la herramienta en

alto, retrocedieron. Abdul se dio cuenta de que aún sujetaba el zapapico; aun así, no lo soltó, y dijo:

—No lo hagan —y pidió hablar con el encargado.

Poco después, ambos se estrechaban la mano. Abdul regresó, corriendo como antes, a darle la noticia al doctor.

—¿Qué les prometiste? —refunfuñó Nafir al verlo sonreír.

—La tercera parte del tesoro —contestó Abdul sin dudar.

Nafir, a pesar de su cansancio, soltó una carcajada que se escuchó hasta la entrada; justo en el momento en el que sus hijos y Mary entraban a la tumba.

—Se volvió loco —dijo Amy y, para no preocuparlos, añadió:

—Debe ser efecto del veneno.

Max volteó a ver a su madre, como interrogándola, y le preguntó:

—¿Veneno?

Nafir se dirigió a la entrada para recibirlos. Conforme avanzaba hacia ellos la alegría regresaba a su rostro, pero al ver que su hijo tomaba de la mano a Amy, corrió lo más rápido que pudo y exclamó:—¡No!—, separándolos bruscamente. Su reacción los desconcertó.

Mientras los jóvenes se miraban sin entender, Mary lo tomó del brazo y lo apartó:

—¿Qué te pasa?

—Eso no puede ser —dijo él, sin saber cómo explicarle lo que estaba sintiendo.

—¿Es por la fiebre? —preguntó ella.

—No. Es algo peor.

—... Amy es una joven muy educada —afirmó Mary.

—No es por ella.

—Entonces, ¿te avergüenzas de tu hijo? —acusó Mary.

—No lo entenderías —dijo él y se volteó.

—¡Explícamelo! —exclamó ella, obligándolo a mirarla a los ojos.

Nafir no encontraba cómo decirle su secreto. No le importaba tanto su reacción, sino la de Amy. Temía volver a perderla si se enteraba de quién era realmente su padre.

—Les diremos que me emocioné —le dijo Nafir, tratando de tranquilizarla.

—Pero no deben continuar juntos —añadió en forma tajante.

—¿Por qué? —insistió Mary.

Nafir se encontraba en una encrucijada. Se negaba a revelar su secreto, pero exigía, sin razón aparente, que ellos se separaran. Se preguntaba en silencio si lo que sucedía entre sus hijos no era un castigo por las "blasfemias" que había descubierto sobre los dogmas de fe. Dudó un momento, pero al final la razón se impuso sobre sus temores:

—Debe existir una explicación.

—¿Qué dices? —preguntó Mary.

—Luego te lo aclaro —dijo él y la tomó del brazo para regresar con ellos.

Entretanto, emocionados, Abdul y los excavadores gritaban de alegría:

—Llegamos. —¡Es la cámara! —Al fin...

Al escucharlos, todos en la capilla sonrieron y de momento olvidaron lo sucedido. Se abrazaron y se felicitaron entre sí. Nafir no esperó y fue en busca de Abdul, quien ya venía a su encuentro.

—Es la cámara de Sermy —dijo y, casi llorando, lo abrazó.

Nafir, cauteloso, quiso corroborar la noticia y preguntó:

—¿Cómo lo saben?

—Es enorme, es bella, es... —dijo Abdul.

—Pero... ¿qué evidencia tienes? —inquirió Nafir.

—Mejor venga y acompáñeme a verla —propuso Abdul, y casi lo carga para llegar más rápido.

Nafir entró a la cámara sepulcral y se desilusionó al ver su interior.

Recorrió todos los rincones y no encontró el sarcófago de Sermy. Además, no era tan grande ni tan hermosa como él la había soñado. Aunque las paredes estaban llenas de pinturas y jeroglíficos con motivos de la vida diaria, tenían pocos relieves. Abdul se le quedó mirando y dijo:

—¿No está satisfecho, doctor?

Él no contestó. La fiebre lo consumía. Pensativo, ordenó:

—Limpien todo. En especial las paredes —y enseguida se sentó. No soportaba la punzada en su estómago ni el dolor de la pierna—. Necesito encontrar el papiro medicinal y el nombre secreto —añadió, y se llevó ambas manos a la cabeza y se sentó.

Mientras tanto, Mary, Amy y Max llegaron junto a él. Mary, al verlo abatido, le preguntó:

—¿Te sientes mal?

Amy se inclinó hacia él, le tocó la frente y exclamó:

—¡Está ardiendo!

—Aquí hay mucho polvo —afirmó Nafir al levantarse—. Será mejor que regresen al hotel.

Amy volteó a ver a Mary y dijo:

—Necesita que alguien lo cuide.

Nafir guardó silencio y los invitó a seguirlo a la salida, pero al ver que su hijo soplaba a una de las paredes y quitaba el polvo con las manos, se detuvo en seco y exclamó:

—¡Con cuidado!

Su hijo dejó lo que estaba haciendo y se reunió con ellos.

—El polvo puede dañar tus pulmones —aclaró Nafir.

—Es que me gustó el grabado —insistió su hijo, como disculpándose.

—¿Cuál grabado?

—El del perro encima de un cofre.

—Es el dios Anubis, protector y guía de los difuntos —afirmó Nafir, preocupado.

—¿Anubis es un perro? —dudó Amy.

—Chacal o perro, según la interpretación —dijo Nafir.

—El que vi es un perro —afirmó Max.

Todos se quedaron callados. Usualmente, la representación de Anubis era un chacal, no un perro. Voltearon a verse y fueron a revisar el dibujo.

—¡Es un perro! —exclamó Nafir. Pero su rostro, en lugar de alegría, mostraba dolor. La punzada lo dobló y se llevó el brazo al estómago.

—Sermy lo quería tanto que lo inmortalizó —añadió.

—Es el mismo del sarcófago —dijo Abdul.

—¡Es Behka! —exclamó Amy.

—Es el nombre secreto —dijo Nafir.


A pesar del dolor, su rostro se iluminó. Ya tenía una pista a seguir. Usaría "Behka" para leer el papiro cuando lo encontrara.

Mary, Amy y Max llegaron a la salida y se despidieron de él.



Nafir regresó rápidamente. Había mucho que hacer en la cámara sepulcral. El tiempo apremiaba y los trabajadores estaban exhaustos. Necesitaba algo para motivarlos a seguir buscando.

—¿Aún nada? —les preguntó.

—Ni un fragmento —respondió Abdul.

—Pero encontramos esto —dijo, y le mostró una pieza de madera con forma de . Medía un codo de alto y estaba finamente tallada y adornada con delgados hilos de oro en las orillas.

Nafir la observó cuidadosamente y comentó:

—Es un jeroglífico que fusiona dos ideogramas; el  rectángulo abierto, "casa" y el  ankh, "vida". Juntos significan "Casa de la Vida". Esto prueba que la cámara se usó como lugar de sanación.

—¿Cómo un hospital? —preguntó asombrado Abdul.

—O quizás un lugar de enseñanza donde los médicos transmitían sus conocimientos —aclaró Nafir—. Atendían las dolencias del cuerpo.

—¿Y también las de la mente? —preguntó Abdul.

—De eso no hay evidencia, aunque se sabe que los antiguos egipcios creían que se pensaba con el corazón, no con el cerebro. Según el Papiro Ebers, en el corazón residía la inteligencia, la conciencia moral y el pensa...

—¡Ouch! —gritó Nafir antes de terminar de hablar. La punzada en el estómago le recordó la urgencia por avanzar. Se dobló y casi cae de bruces. Abdul lo sostuvo y lo ayudó a sentarse.

—Descanse, doctor —le dijo.

Nafir sudaba por todos los poros y su voz se ahogó en un gemido. Abdul se agachó aún más para poder escucharlo:

—Estamos cerca —les dijo, mientras apretaba fuertemente su vientre con la mano izquierda—. Sigán buscando —añadió y agitó la otra mano, ahuyentándolos. Deseaba estar solo. No quería que lo vieran tan débil.

La fiebre lo consumía, pero su voluntad aún lo sostenía.

Cambio de Fe

Luxor – Egipto.

Mientras tanto, Sofía ingresaba al hotel Sokar y se dirigía hacia el restaurante. En su camino se encontró con Daryl, quien, tras almorzar, había pedido unos cócteles de moda para continuar celebrando su victoria. Al verse, ambos quedaron estupefactos, y fue Sofía quien preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Te esperaba —respondió él, astutamente. Sus ojos brillaban de una manera diferente.

—¿Y los sagrados escritos?

—Aquí —dijo él, sonriendo, mientras le mostraba la bolsa.

—Deberían estar resguardados.

—Conmigo están más seguros.

—¿Por qué? —inquirió ella.

—Vi a Burn merodeando por Karnak y decidí conservarlos.

—¿Te siguió? —dijo Sofía, buscándolo con la mirada. El nombre de Burn la ponía nerviosa y a la defensiva.

—No lo creo.

—Necesitamos marcharnos cuanto antes —dijo ella.

—¿Marcharnos? —preguntó Daryl. Su compromiso ya había terminado, y se extrañó con la petición. Esto iba más allá de lo esperado.

—Acompáñame y te lo explico —le dijo Sofía, invitándolo a la mesa más cercana.

Después de describirle con lujo de detalles su misión y el interés que tenía para que la acompañara a Nueva York, le propuso:

—Seríamos socios fundadores del primer templo dedicado a Horus en América.

—Y, ¿qué me ofreces? —preguntó él.

—Bien, sabes que contigo me siento segura —dijo ella.

—Y, ¿nada más? —repitió Daryl.

—Viviríamos juntos —le dijo Sofía mientras se acomodaba el cabello y lo miraba a los ojos. Estaba dispuesta a todo por conseguir su objetivo.

—Tengo una condición —dijo él.

—Me quedo con este juego de los escritos —añadió.

—¿Para qué? —preguntó ella.

—Para financiarnos —contestó él.

—Ya tengo comprador —añadió.

A Sofía no le gustó la condición, pero vio que Daryl hablaba en serio. Aunque esto no estaba dentro de su plan, la amenaza de Burn y la urgencia por salir a Nueva York la convencieron de que era lo más sensato. Confiaba en que más adelante podría renegociarlo, y cedió:

—De acuerdo.

—Pero debemos salir ya —afirmó y lo invitó a su cuarto. Necesitaba recoger sus cosas y, conociendo a Burn, no quería estar sola.

Poco después de que pasaron a la habitación, el hombre de anchas espaldas entró al hotel.

A pesar de su robustez, era sigiloso y sabía ocultarse de los demás. Burn lo había enviado por delante.

En ese momento Celia salía del elevador y alcanzó a reconocerlo. Sabía que la buscaba, y discretamente volvió a entrar sin que la viera. Se asustó y pensó en Sofía. Confiaba en ella. Ya la había ayudado antes. No lo dudó y fue a buscarla.

—Toc, toc —escucharon que tocaban a la puerta.

Sofía le hizo señas a Daryl para que guardara silencio, y contestó:

—¿Quién?

—Soy Celia.

—Sofía, necesito tu ayuda —añadió.

—¿Qué sucede?

—Un hombre me persigue —dijo Celia.

—Está aquí —agregó y, desesperada, golpeó la puerta con fuerza.

—Por favor, ¡abre!

Sofía abrió la puerta y la abrazó. Celia estaba histérica. Cerraron la puerta y les dijo:

—Es el mismo que me secuestró.

—Aquí estás segura —afirmó Daryl.

—¿Por qué no huiste al campamento? —preguntó Sofía.

—Porque no quiero irme sin el papiro.

—Necesito convencer a Amy —añadió.

—¿Cuánto ofreces? —preguntó Daryl, la codicia le iluminaba los ojos.

—¿Para qué lo quieres? —preguntó Sofía.

—El Papa ordenó destruirlo —contestó Celia, en un alarde de confianza y sinceridad.

Sofía se dio cuenta del peligro que Celia representaba. Al escucharla, confirmó que la Iglesia quería destruir toda evidencia de las fuentes originales de los dogmas de fe.

—¿Cuánto ofreces? —repitió Daryl.

—Más que cualquiera —dijo ella, volteando a verlo.

—Necesito que se marchen —les exigió Sofía con voz cortante.

Celia y Daryl voltearon a mirarla, sorprendidos. No daban crédito a lo que escuchaban, pero Sofía insistió:

—Salgan, necesito estar sola.

—Te busco después —afirmó Daryl mientras acompañaba a Celia.

Sofía se quedó preocupada. La amenaza real no era Burn, sino la Iglesia. La destrucción de los Sagrados Escritos y el papiro Sermy estaba cada vez más al alcance de la Santa Sede. Le urgía salir de Egipto, con o sin Daryl.

—Vayamos a mi cuarto —dijo Celia al salir.

Daryl asintió. Tomó a Celia del brazo y pasó la bolsa a su otra mano. La emoción lo dominaba. Veía la posibilidad de ganar más dinero. A él no le importaba el destino de los escritos o el papiro; solo quería saciar su ambición.

Avanzaban cautelosamente hacia la habitación cuando, de repente, al girar en el pasillo, el hombre de anchas espaldas se abalanzó sobre ellos. Daryl reaccionó a tiempo y lo esquivó, pero Celia no tuvo tanta suerte y recibió un golpe en la frente que la hizo caer de bruces.

El hombre se lanzó contra Daryl y lo inmovilizó, forzándolo a subir los pies al barandal que separaba el pasillo del vacío creado por el enorme tragaluz cubierto por un hermoso vitral, a través del cual los rayos del sol se filtraban hasta llegar al espacioso piso de mármol del vestíbulo, iluminando la entrada del hotel.

Luchando por su vida, Daryl actuó por instinto, empujándose con las piernas en el barandal para lanzar al hombre contra la pared. El choque los mandó a ambos al suelo. Daryl, adolorido y aturdido, intentaba incorporarse cuando observó que el hombre intentaba agarrarlo nuevamente. Esta vez, no dudó y se dejó caer al suelo, permitiendo que su agresor se precipitara por encima de él y sobre los barandales. El hombre cayó desde lo alto, destrozando una de las mesas del restaurante.

Tras varios minutos de silencio, finalmente movió sus manos. Sangrando y sin ayuda, se desplomó al suelo, se arrastró varios metros y, con gran esfuerzo, se puso de pie y salió del hotel.

Aún conmocionado, Daryl se las arregló para ayudar a Sofía a ponerse de pie. El golpe la había dejado aturdida, pero recuperó la conciencia lo suficiente para ver fragmentos esparcidos en el suelo. El cofre había estallado debido al impacto.

Con rapidez, Daryl recogió los fragmentos y los resguardó en su bolsa.

—¡Es el papiro! —exclamó Celia.

—Sí. Podemos acordar un precio —dijo él. La ambición lo dominaba.

Siguieron caminando y al poco tiempo ella abrió la puerta de su cuarto.

—Adelante —le dijo Celia mientras le sonreía.

Daryl le regresó la sonrisa y, confiado, entró a la habitación sin sospechar que no estaban solos.

—¡Zoc! —fue lo último que escuchó. El golpe que recibió en la cabeza lo noqueó y cayó al suelo.

Celia entró y cerró la puerta.

—Te tardaste —le reclamó Lurgi mientras levantaban a Daryl y lo amarraban a la silla.

—No fue fácil engañarlos —dijo ella.

—Pero valió la pena —añadió al ver a Daryl indefenso.

—¡Buen trabajo! —exclamó Lurgi y la abrazó.

Sus rostros quedaron muy cercanos. Celia aún resentía el golpe y se tocó la frente. Él le acarició el cuello suavemente. Ella enrojeció y tomó a Lurgi de ambas manos, lo miró a los ojos y lo besó; olvidándose de Daryl, quien continuaba inconsciente.

—El futuro es nuestro —dijo él, emocionado.

—¿Qué hay para mí? —preguntó ella al ver que él se separaba.

—...Como te lo prometí. Serás mi sacerdotisa —contestó Lurgi.

—Con el oro que me dio el Vaticano y los Sagrados Escritos de Horus, fundaré mi propio templo y daré Misa a mis feligreses. Nunca más me arrebatarán ese gusto —continuó diciendo.

—¿Y nosotros? —preguntó Celia, desconcertada.

—Podremos continuar nuestra unión sin vivir en el pecado.

—La doctrina de Horus no nos niega a los sacerdotes el sacramento del matrimonio —dijo él y la volvió a abrazar.

—¿Y el papiro? —preguntó Celia.

—Se lo entregaremos a la Santa Sede a cambio del oro —respondió Lurgi.

—Pero... ¡lo quemarán!—, exclamó ella.

—O quizá lo exhiban en el Museo del Vaticano, como testimonio de los ritos paganos que la Iglesia transformó con su fe —dijo él.

—O en la Biblioteca —afirmó Celia, quien sabía que la Iglesia poseía otros papiros. Se quedó pensativa. Algo no cuadraba. El plan era demasiado perfecto. Señaló a Daryl y preguntó:

—¿Y qué hacemos con él?

—¿Lo dejamos aquí? —añadió.

Celia se quedó esperando la respuesta mientras veía que Lurgi se quitaba la sotana y el crucifijo.

—Sí —contestó él, dejando a un lado los símbolos de la vieja doctrina.

Enseguida se puso el amuleto de Hathor y lo besó dos veces. Tomó de entre su ropa el papel, arrugado por el uso. Esta vez su voluntad no flaqueaba; solo lo sacó para enmendarlo. Tachó la vieja creencia y agregó la nueva.

“La Iglesia Horus es mi recompensa en la tierra, soy su siervo y gustoso haré lo que me ordena”.

Lo guardó y, tomados de la mano, salieron de la habitación llevándose consigo los Sagrados Escritos y el papiro.

La Santa Sede les había confiado esta delicada misión y ellos estaban por cumplirla. Habían logrado lo que no pudo obtener Giancarlo, quien siempre decía:

—Si los fieles llegaran a conocer el papiro, perderían la fe en la Iglesia y en el Papa.

Aunque él tenía razón, murió sin corroborar su dicho; pero ellos sí.

—La fe mueve montañas —afirmó Lurgi y besó el amuleto de Hathor.

—Y la razón, dogmas —murmuró entre dientes Celia.

—¿Qué dices?

—Nada... yo me entiendo —contestó ella sonriendo.

Lurgi le regresó la sonrisa y cerró la puerta, dejando tras de sí un pasado lleno de prohibiciones. Su alianza había sido provechosa. Ambos voltearon a mirarse y, mientras partían, exclamaron:

—¡Una nueva vida nos espera!

Iban tan ensimismados que no se percataron de que el sacerdote copto los seguía.

El Incendio

Shanghái – China.

El olor a antiséptico inundaba el cuarto de hospital. Malenty leyó el telegrama que Daryl le había prometido:

«Tengo el papiro. Mi cuenta de depósito es 8822331».

Sus ojos se abrieron al máximo. Su rostro, antes desfigurado con una mueca, cambió por completo. La noticia le llenó de gran alegría.

Aunque aún no se recuperaba y su brazo le dolía, se levantó de la cama y llamó a la enfermera para que le quitara el suero y lo ayudara a vestirse. Le urgía preparar todo en la galería. Su obsesión pronto dejaría de ser su enemiga y se convertiría en un deseo satisfecho. Se imaginó el encabezado en los principales diarios de Shanghái:

El papiro sagrado, exhibición gratuita, Galería Malenty.

El papiro Sermy, la joya de la corona de la antigüedad, ¡ya era suyo!

Solo necesitaba que Burn cumpliera con su último encargo. Nunca dudó de la habilidad de Daryl, y recordó lo que pensó de él cuando recibió su mensaje diciendo que la alondra ya había dejado el nido.

—Daryl es el joven más erudito y ambicioso que conozco. Es tan ambicioso que es capaz de traicionar a su mejor amigo. —No quisiera tenerlo de enemigo.

Esto último era su único pendiente, pero ya había ordenado que lo finiquitaran. Todo marchaba perfectamente y, poco a poco, recuperaba la confianza en sí mismo, hasta que tocaron a la puerta.

—Toc, toc.

—Adelante —dijo Malenty pensando que era la enfermera.

—Hay una situación —afirmó Karimt al entrar. Su rostro desencajado exasperó a Malenty.

—¡Dímela ya!

—Incendiaron la Galería —afirmó Karimt, sin inmutarse.

En su mente, Malenty vio los cuadros derritiéndose, las vitrinas estallando, el humo devorando su legado. Aventó lo que encontró a su paso, se arrancó la aguja del brazo y sus gritos desgarraron el silencio del cuarto:

—¡Fue Charles! ¡Lo mataré!

—No vale la pena —contestó Karimt con acento meloso, mientras se acercaba y le acomodaba el cuello de la camisa.

—Juntos, podemos reconstruirla —añadió con una sonrisa de triunfo, tan amplia que casi pierde el cigarrillo entre los labios.

Pero Malenty no lo advirtió; el tic nervioso había regresado, desfigurando su rostro y distorsionando su mirada.

La enfermera entró y se acercó a ellos. Malenty seguía de espaldas, y Karimt aprovechó para ahuyentarla.

—¡Lo juro! ¡Lo mataré! —vociferó Malenty, poseído por el odio.

Karimt, a unos pasos, volvió a sonreír. Su plan había funcionado.

Fernando Perales